

que «huyeron á los parajes seguros del interior donde han seguido viviendo en estado salvaje», nos dice que ventilan sus disputas «sin luchas ni arterías», que son «completamente inofensivos», y «en general, buenos, afables, inclinados á la gratitud y á la beneficencia», «liberales y generosos». Resumiendo el contraste entre unos y otros, añade: «Las acciones de los malayos delatan generalmente sentimientos bajos y sórdidos; los jakuns, al contrario, son altivos y generosos por naturaleza.» «¿A qué es debida una diferencia tan notable?» se pregunta el abate Favre. Y apunta como una causa «los latrocinios y las hazañas sanguinarias» de los piratas malayos en oposición á la tranquila existencia que llevan los jakuns en sus soledades. Añadiré, por último, el caso de los pacíficos y «sencillos arafuras (1)», de quienes dice el residente francés, M. Bik: «Tienen la disculpable ambición de adquirir el título de ricos pagando las deudas de los más pobres de sus conciudadanos... No utilizan sus riquezas más que para nivelar las diferencias de fortuna.»

(1) Kolff: *Voyage of the Dutch Brig «Dourga»*. (Trad. de Earl), 1840, páginas 161-163.

## CAPÍTULO VIII

### La humanidad.

§ 150. La separación que hacemos entre la materia de este capítulo y la del último es en gran parte artificial, y sólo defendible bajo el punto de vista de la conveniencia. La bondad, la piedad y la clemencia, que agrupamos aquí bajo el epígrafe común de humanidad, se relacionan con la generosidad íntimamente, aunque no se prestan tanto como esta última á ser simuladas por sentimientos inferiores. Todas ellas son sentimientos altruístas, y tienen por raíz común la simpatía. Claro es, pues, que en lo tocante á sus relaciones con otros rasgos de carácter y con el tipo de la vida social, habrá que repetir aquí mucho de lo ya dicho acerca de la generosidad.

Habrà que repetir por el pronto que esos sentimientos humanitarios, en sus formas desenvueltas, nacen principalmente de la representación mental de los dolores ó placeres ajenos, y, por tanto, envuelven á la postre, como envolvían al principio, en gran escala, el sentimiento paternal: el sentimiento que inspira la idea de la relativa incapacidad ó desamparo de otro, el placer

que se siente en venir en auxilio de quien tácitamente invoca ayuda. Y la naturaleza compleja de tales sentimientos agrava aquí también, como el caso de la generosidad, las dificultades que ofrece la generalización.

Otra dificultad, consecuencia evidente de la última, estriba en los sentimientos contradictorios que manifiestan varios tipos de hombres, y especialmente los inferiores. Así, mientras los buchmanos, según Moffat (1), «matan á sus hijos sin ningún remordimiento», y no hay otros salvajes, según Lichtenstein, que lleguen «á tan alto grado de brutal ferocidad», el mismo Moffat, hablando de las atenciones que tuvieron con él cuando cayó enfermo, nos dice: «Me impresionó profundamente la simpatía de aquellos pobres buchmanos, para quienes nosotros éramos gente completamente extraña.» Kolben (2), de acuerdo con Burchell, pinta á los hotentotes como pueblo cariñoso, generoso, benévolo; y, sin embargo, por Kolben y por Sparrman sabemos que suelen quemar vivos á sus hijos, y que dejan morir á los viejos en lugares solitarios. Lo propio ocurre con los indígenas de Australia. Aunque abandonan á los viejos y matan á menudo á los niños, se los describe como padres cariñosos y complacientes, y se afirma que han dado frecuentes pruebas de bondad á los viajeros. Más extraño es aún el contraste que se observa en Borneo, donde, según Boyle (3), se ha visto muchas veces á un dayak «correr por una aldea conquistada, estrechando tiernamente en sus brazos á un

(1) Moffat: *Missionary Labours in South Africa*, 1842, páginas 58, 156.—Lichtenstein: *Travels in Southern Africa*, 1812, II, 195.

(2) Kolben: *Present State of Cape of Good Hope*, 1731, I, 332, 165, 142, 318.

(3) Boyle: *Adventures among the Dyaks of Borneo*, 1865, pág. 223.

niño, sin soltar de la mano la ensangrentada cabeza del padre».

En presencia de tales hechos, parece difícil que nuestras inducciones sobre las relaciones del sentimiento con el tipo del hombre y de la sociedad puedan tener más que un valor vagamente aproximado.

§ 151. Empecemos por los casos de completa falta de simpatía, ya bajo la forma negativa de simple indiferencia á los sufrimientos ajenos, ya bajo la forma positiva de goce en esos sufrimientos. Refiriéndose á los karens, dice Mason (1):

«Me encontré una vieja que se moría abandonada en un miserable cobertizo, y fueron inútiles mis instancias para que le prestasen auxilio sus hijos y nietos, que estaban allí cerca.»

En prueba de la falta de sentimientos que demostraba en su época el pueblo de Honduras, cita Herrera (2) el caso de una mujer que, teniendo enfermo el marido, se negaba á matar una gallina, porque, según decía ella, como el enfermo había de morir, perdería á la vez marido y gallina. Varias razas negras suministran ejemplos semejantes. Aunque los naturales de Loanda, al decir de Monteiro (3), «no son de inclinaciones crueles» (es decir, no cometen crueldades positivas), «no tienen la más ligera idea de clemencia, de piedad ó de compasión.»

«La vista de un semejante ó de un animal retorciéndose de dolor, es una escena que excita en el más alto grado su alegría y su regocijo.»

(1) Mason: *Journal of the Asiatic Society, Bengal*, xxxvii, 2.<sup>a</sup> parte, 144.

(2) Herrera: *Historia general del continente y de las islas de América*, IV.

(3) Monteiro: *Angola and the River Congo*, 1875, I, 244.

Duncan y Burton (1) declaran acordes que los dahomeyanos «están desprovistos de simpatía y de gratitud, aun hacia sus propias familias», y «en punto á cariño paternal, son inferiores á los animales». Los ashantis erigen esa indiferencia en principio de conducta. Dos de sus proverbios, citados por Burton, son de este tenor: «Si sufre otro, (para ti) como si sufriese un leño.» «Los apuros de los demás no son cosa tuya; no te alteres por ellos.»

Pasando de la crueldad negativa á la positiva, encontramos en los damaras ejemplos de las dos. Hablando de ellos, dice Baines (2):

«Todo el mundo sabe que en otras tribus se deja perecer á los viejos y á los desvalidos; pero que una madre se niegue á coger unas cuantas brazadas de hierba para tapar la choza donde duerme su hija enferma... eso, ¿no es ya increíble?»

Y, según Galton, «los parientes (de un enfermo) le echan de la choza, obligándole á dejar la lumbre para tomar el frío de fuera; hacen todo lo que pueden por apresurar su muerte». De igual modo, á la inhumanidad negativa de los dahomeyanos, de que ya se ha hecho mérito, puede añadirse la inhumanidad positiva que revelan, verbigracia, en la «costumbre anual» de degollar una porción de víctimas para proporcionar á su rey difunto «nuevos servidores en el mundo de las sombras», y también en la costumbre de adornar sus edificios con gran número de cráneos humanos que se

(1) Burton: *Wit and Wisdom from West Africa*, 1865, páginas 121 y 128.

(2) Baines: *Exploration in South West Africa*, 1864, página 243.—Galton: *Explorations in tropical South Africa*, página 190.

procuran promoviendo guerras para ese fin (1). Entre varios testimonios semejantes, Holub nos ofrece uno referente á los marutsis (2): afirma que «una de las tachas predominantes de ese pueblo es una crueldad brutal»; y otro nos ofrece lord Wolseley (3), diciendo: «Para los negros del Africa Occidental, es un verdadero placer el derramar sangre, y la cosa más natural del mundo gozarse en espiar el sufrimiento físico de un hombre en cualquier forma.»

Añadamos á estos testimonios de inhumanidad positiva los que dan las tribus saqueadoras de la América del Norte, que hacen pasar á los jóvenes un noviciado de torturas, y martirizan también á sus enemigos. «Los lobos nacidos de mujeres», como se llama á los indios de las Praderas, entregan «un viejo ó una vieja á sus mujeres é hijos para que se entretengan» (en atormentarlos). Burton (4), que es quien lo afirma, dice en otra parte que los yutahs son «todo lo crueles que les permiten sus limitadas inteligencias». Por otros testimonios sabemos que, entre los comanches, las mujeres son más crueles aún que los hombres, y se deleitan en torturar á los prisioneros (5).

§ 152. ¡Cuántos errores engendra el abuso de las palabras! La voz «salvaje», que originariamente significaba rudo, selvático, inculto, se aplicó después á los pueblos aborígenes. Y como algunos indígenas, por represalias, trataron pérfida y cruelmente á los viajeros, esa crueldad y esa perfidia se miraron como un

(1) Burton: *Mission to Gelele*, I, 345.

(2) Holub: *Seven Years in South Africa*, 1881, II, 297.

(3) General Wolseley, en la *Fortnightly Review*, Diciembre de 1888.

(4) Burton: *The City of the Saints*, páginas 124 y 125.

(5) Bollaert, en el *Journal of the Ethnological Society*, 1850, II, 269.

carácter universal, y «salvaje» vino á equivaler á feroz. De ahí la creencia infundada de que el salvajismo, tomado en ese sentido, caracteriza al hombre no civilizado en oposición al civilizado. Pero la inhumanidad de que han dado muestras las razas llamadas civilizadas, no es menor, á buen seguro, y muchas veces ha sido mayor que la de los pueblos que se llaman no civilizados.

Haciendo gracia de la infinidad de crueldades que manchan los anales de las naciones antiguas del Oriente, entre las cuales puede citarse como ejemplo á los asirios; limitándonos á recordar de pasada las proezas de esos admirados griegos de Homero, de esos embusteros, ladrones y asesinos (como demuestra Grote) (1), cuyos héroes se embriagaban con las atrocidades; y sin insistir en las brutalidades de los espartanos y en la dureza de alma, por no decir otra cosa, de griegos posteriores, volvamos los ojos á los romanos, cuya civilización sin entrañas, ensalzada por los admiradores de conquistas, acarrió á nuestra Europa siglos de miseria. Veinte generaciones de guerras devastadoras desenvolvieron una naturaleza cuya ferocidad rara vez igualaron las peores de las razas más bárbaras que conocemos. Los indios de la América del Norte han turturado á cautivos, pero no á sus esclavos. En las islas Viti hubo tribus sojuzgadas que tenían que dar víctimas para los festines de los caníbales; pero esos caníbales no llegaban al extremo de matar centenares de compañeros de un esclavo que hubiese asesinado á su amo. Y si muchas veces las razas no civilizadas reducen á esclavitud á los vencidos cuya vida respetan, no los apriscan como rebaños, no les hacen trabajar como bestias, no les niegan todas las prerrogativas humanas, ni se sirven de nin-

(1) Grote: *History of Greece*, II, 32.

guno para saciar sus pasiones sanguinarias arrojándolo á la arena de un circo—apetito tan tiránico en Roma, que la necesidad de satisfacerlo corría parejas con la necesidad de aplacar el hambre.—Usando, pues, la palabra «salvaje» en su acepción moderna, bien podemos decir que los salvajes blancos de Roma eclipsaron á todos los salvajes de piel oscura, sin más excepción que los de Viti.

Si las preocupaciones teológicas y las preocupaciones patrióticas no cegasen á los hombres, verían claramente que también en la Europa cristiana, durante la mayor parte de su historia, la inhumanidad alimentada por las guerras entre sociedades y por las discordias intestinas de cada sociedad, llegó á extremos que superan á los alcanzados por los pueblos inferiores que gozan fama de feroces. Aunque en Europa no ha habido ejemplo de las atrocidades cometidas por razas semicivilizadas como los mejicanos y los pueblos de la América Central, que desollaban vivas las víctimas y les arrancaban el corazón palpitante, sin embargo, los europeos, que se jactan de profesar una religión de amor, las excedieron con mucho por su genio inventivo para multiplicar las torturas y prolongar las agonías de herejes, brujos y delincuentes políticos. Y aun hoy, cuando el influjo de una vida social pacífica casi ha extinguido tales inhumanidades dentro de Europa, nuestro propio pueblo, lejos de aquí, perpetra todavía actos inhumanos, sino de esa, de otra especie. Las fechorías de los colonos australianos con respecto á los naturales, las de los merodeadores de las costas y las de los piratas en el Pacífico, son testimonios irrefragables de la bárbara conducta de los invasores europeos con las razas indígenas, esas razas á quienes, cuando usan de represalias, se tilda de «salvajes».

§ 153. Si ciertas variedades de hombres parecen desprovistas de todo sentimiento de simpatía y de las prendas morales que ese sentimiento engendra, otras variedades existen que, aunque inferiores á nosotros en punto á cultura, nos igualan, cuando no nos superan, en punto á humanidad. He aquí, en términos sumarios, una serie de testimonios de viajeros, cuyos nombres se verán en las notas.

Los veddahs (1) son «en general dulces y afectuosos: la comunidad se encarga siempre del sostenimiento de las viudas». Los tannesis (2) «cuidan cariñosamente á los enfermos hasta el fin». En Nueva Guinea (3) algunas tribus de papúas han demostrado gran humanidad hacia europeos que se encontraban á merced de ellas. Los dayaks (4) «son humanos hasta un punto que bien puede avergonzarnos á nosotros». Los melgaches (5) «se tratan unos á otros con mayor humanidad que la nuestra». Los esquimales (6) «en sus mutuas relaciones, no ceden á ningún pueblo en esa virtud que se llama bondad de corazón». Entre los iroqueses (7) se prescribe «la bondad para con los huérfanos, la hospitalidad para con todos y la fraternidad dentro de la tribu». Los chippeuas (8), antes de la llegada de los blancos, «tenían más caridad entre sí, y jamás dejaban vivir en la pobreza y la miseria á la

(1) Tennent: *Account of the Island of Ceylan*, II, 445.

(2) Turner: *Nineteen Years in Polynesia*, 1861, pág. 92.

(3) Jukes: *Surveying Voyage of H. M. S. «Fly»*, 1842-46, II, 248.

(4) Boyle: *Adventures among the Dyaks of Borneo*, 215.

(5) Drury: *Madagascar*, 1729, pág. 230.

(6) Hall: *Life with the Esquimaux*, 1864, II, 312.

(7) Morgan: *The League of Iroquois*, 171.

(8) Schoolcraft: *Historical and Statistical Information respecting the Indian Tribes of the United States*. Filadelfia, 1851-1860, II, 139.

viuda y al huérfano». Entre los araucanos (1) no se encuentra ningún pobre: «los más imposibilitados de bastarse á sí propios van vestidos decentemente»; «son generosos y humanos con el vencido». Sobre los mandingos leemos (2): «me es imposible olvidar la caridad desinteresada y la tierna solicitud que varios de esos pobres idólatras me atestiguaron en mis sufrimientos.» Y Kolff, hablando de «la bondad no interrumpida» de los habitantes de Luan (3), dice: «Nunca vi más armonía, contento y tolerancia, más diligencia para el mutuo auxilio, más paz y felicidad domésticas, ni más humanidad y hospitalidad.»

Verdad es que algunos pueblos, como los buchmanos, á que ya se ha hecho referencia en el primer párrafo de este capítulo, nos ofrecen una mezcla de acciones humanitarias y de actos brutales; pero en varios de los pueblos que acabo de citar, como los veddahs, los esquimales y los habitantes de Luan, no existe semejante mezcla.

§ 154. En la literatura de los antiguos pueblos orientales abundan las expresiones de sentimientos humanos y las exhortaciones en pro de una conducta humanitaria: consejos de poetas y de sabios que, aunque no correspondan sino en escasa medida á los sentimientos reinantes, pueden tomarse hasta cierto punto como signos del progreso consiguiente á una vida social ordenada. Ya uno de los primitivos libros indos, el *Mahabharata*, contiene lo siguiente (4):

(1) Thompson: *Geogr. and Hist. Dictionary of America*, de D. Ant. de Alcedo, 1812, I, 416, 403.

(2) Park, en Pinkerton: *General Collection of Voyages*, 1808, XVI, 871.

(3) Kolff: *Voyage of the Dourga*, 127.

(4) *Mahabharata*, III, 16, 782; 16, 796; 16, 619.

«No ofender á nadie en pensamiento, en palabras, ni en obras; dar al prójimo y ser bondadoso con todos: he ahí el deber constante del bueno.»

Y en el mismo libro la princesa Savitri, suplicando á Yama, el dios de la muerte, que le devuelva el alma de su marido, le encarece lo noble que es la piedad. Insiste en que el acto de dar es más divino que el de tomar, y más propio de poderosos el conservar que el destruir. Los preceptos de humanidad del libro sagrado de los persas, el *Zend Avesta* (1), parecen inspirados hasta cierto punto en la doctrina de la metempsicosis —por esa razón en parte insiste en recomendar el buen tratamiento de los animales;—pero Sadi formula en el *Gulistan* exhortaciones categóricas (2):

«Demostrad compasión hacia el infeliz campesino... es criminal abrumar con el arma del poder á pobres indefensos... Tú que permaneces indiferente á los sufrimientos ajenos, no mereces el nombre de hombre.»

Los egipcios prescribían también una conducta caritativa. Según Birch y Duncker (3), era obligado «dar pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo y posada al viandante»; y las inscripciones de las tumbas «representan vidas justas y caritativas, escenas de protección á las viudas y menesterosos, y socorros al pueblo en épocas de hambre». Los libros de los sabios de China ensalzan de igual modo las virtudes que emanan del amor al prójimo. Según Legge (4),

(1) Haug: *Essays on the sacred writings of the Parsees*, 1878, pág. 242.

(2) *Sadi*, I, estrofa 10.

(3) Duncker (Max): *The History of Antiquity* (trad. ing. de Abbott), 1879, I, 203.—Poole, en la *Contemporary Review*, Agosto de 1881, pág. 287.

(4) Legge: *The religions of China*, 1880, pág. 224.—Confucio: *The Doctrine of the Mean*, en Legge, *Chinese Classics*,

Lao-tse «condena, al parecer, la pena capital, y deplora la costumbre de la guerra». Confucio, animado del mismo espíritu, afirma que «el elemento característico de la humanidad es la benevolencia». Y Meng-tseu, para quien «el sentimiento de la conmiseración es esencial en el hombre», dice: «el hombre superior se encariña tanto con los animales, que no puede ver morir á los que ha visto vivos». A todo lo cual deben añadirse, naturalmente, los testimonios que encierran los libros sagrados de los hebreos, pudiendo leerse en los de fecha más moderna exhortaciones á la bondad y á la compasión, no sólo hacia los hombres, sino hacia los animales: exhortaciones que los pueblos europeos aceptaron como un dogma, juntamente con la doctrina aún más humana de Jesús, pero que tanto distaron de practicar, aun en pequeña escala, durante siglos.

§ 155. En medio de tantas causas de confusión y de testimonios tan contradictorios, no parece posible llegar á conclusiones generales dignas de confianza, si no es poniendo unos frente á otros los casos extremos. Comparaciones de esa índole justificarán nuestras previsiones.

Entre los karens (1), de cuya falta absoluta de co-razón ya se ha hecho mérito, dícese que «cada tribu se halla en antagonismo con todas las demás», y allí la guerra es casi continua. Lo propio acontece con los afridis, otro pueblo indo (2). Tal es la intensidad de sus inclinaciones belicosas que «un afridi se encuentra por lo común en contienda sanguinaria con las nueve dé-

volumen I, cap. xx.—Meng-tseu, lib. II, 1.<sup>a</sup> parte, cap. VI; lib. I, 1.<sup>a</sup> parte, cap. VII.

(1) Mason: *Journal of the Asiatic Society. Bengal*, xxxvii, 2.<sup>a</sup> parte, 152.

(2) General Max Gregor: *Central Asia*. Calcutta, 1873, I, 27.

cimas de sus propios parientes»; y harto patentiza su absoluta falta de todo sentimiento humanitario el aserto de que «la dureza de corazón, la rapiña cobarde y el asesinato alevoso á sangre fría, son la sal de la vida para el afridi». Tenemos, además, el caso de los dahomeyanos, huérfanos de toda simpatía, según se ha visto, aun hacia su prole, y cuyo régimen puramente militar brilla tan maravillosamente en el hecho de poseer un ejército de amazonas. Las tribus más salvajes de la América del Norte, los dacotas y los comanches, que revelan su inhumanidad torturando á los prisioneros, son también tribus de guerreros en perpetuo estado de discordia y de lucha.

Del caso inverso, los ejemplos más salientes que atrás se mencionan son los que ofrecen ciertos pueblos absolutamente pacíficos, como los esquimales, los habitantes de Luan y los veddahs. Entre estos pueblos, libres de aquellas pasiones que se alimentan y crecen al calor de las enemistades entre tribus, hallamos un desarrollo excepcional de esa simpatía hacia los semejantes que engendra una conducta bondadosa y acciones benévolas.

Y aquí puede agregarse á ese contraste otro de análoga índole entre la falta y la existencia de un sentimiento asociado al de la humanidad. Me refiero á la gratitud: porque, en efecto, la raíz más honda de la gratitud, como la de la humanidad, es la simpatía. He aquí cómo habla Williams de los levantiscos y destructores indígenas de Viti (1): «La ingratitud es una mancha negra y deshonorosa de los idólatras naturales.»

«Si yo daba medicinas á un enfermo, el hombre me creía obligado á darle de comer; si le procuraba comida,

(1) Williams: *Fiji and the Fijians*, 1, 128 y 129.

se consideraba con derecho á pedirme vestido; y, logrado éste, se juzgaba dueño de pedirme todo lo que se le antojase, y de insultarme, si me negaba á sus desmedidas pretensiones.»

Por otra parte, ¿qué nos dicen de los veddahs, que viven siempre en paz? Mr. Atherton afirma que «agradecen mucho toda atención ó ayuda»; y Mr. Bennett, citado por Pridham (1), refiere que, habiendo hecho regalos y favores á unos veddahs, «una noche dejaron en la marquesina de su casa un par de colmillos de elefante, como de seis pies de longitud, y los veddahs que los pusieron allí jamás le ofrecieron ocasión de recompensarlos. ¡Qué lección de gratitud y delicadeza (exclama el autor) puede darnos hasta un veddah!»

Y la da, en efecto, al corresponder tan discretamente, y con tanto trabajo, y con tal usura, al favor recibido. Más aún: nos enseña que donde no se han predicado las virtudes cristianas pueden practicarse en grado más alto que donde se profesan ostentadamente y se recuerden á todas horas.

(1) Tennent: *Ceylon*, II, 444.—Pridham: *Historical Account of Ceylon*, 1849, pág. 460.

## CAPÍTULO IX

## La Veracidad.

§ 156. La veracidad absoluta es una de las virtudes más raras. Aun los que se creen más veraces pecan diariamente por exceso ó por defecto. La exageración es casi universal. El uso continuo de la palabra «muy» donde no viene á cuento, demuestra cuán difundida y arraigada se halla la costumbre de falsear las cosas. Y esa costumbre va unida á veces con las mayores declamaciones contra la falsedad. Después de muchas disertaciones sobre el capítulo de «las verdades», se hacen pinturas completamente falsas de cosas y personas—pinturas falseadas en fuerza de usar palabras hiperbólicas donde no cuadraría más que un lenguaje liso y llano: cuadros de dibujo correcto, pero cuyas luces y sombras y cuyos colores tienen doble ó triple intensidad de la debida.

De las innumerables divergencias que pueden existir entre una exposición y los hechos expuestos, aquí sólo debemos ocuparnos de aquellas en que la inexactitud afecta á la forma lo mismo que al color, de aquellas que constituyen, no simplemente una perversión,

sino una inversión de la verdad. Y principalmente tendremos que atender á los casos en que los móviles instigadores de la falsedad son intereses personales de cualquier especie: ya el deseo de causar un perjuicio, como ocurre en los falsos testimonios; ya el de obtener un provecho; ya el de eludir un castigo ó cualquier mal que nos amenace; ya el de captarse simpatías diciendo lo que agrada. Porque en la humanidad, considerada en su conjunto, son raros los ejemplos de amor á la verdad por la verdad misma, independientemente de todo otro objetivo.

Examinemos ahora alguno de los ejemplos de veracidad y de falta de veracidad—principalmente de lo último—que diversas razas humanas nos ofrecen.

§ 157. Los miembros de las tribus salvajes cazadoras ó nómadas, más ó menos hostiles á sus vecinos, casi siempre son blanco de las censuras de los viajeros por su falta de veracidad. Y eso pasa también con los miembros de sociedades más numerosas, consolidadas á favor de la conquista bajo la autoridad de jefes despóticos.

Burton dice, refiriéndose á los dacotas (1): «El indio, á imitación de otros salvajes, nunca dice la verdad.» A propósito de los mishmis escribe Griffith (2): «Hacen tan poco aprecio de la verdad, que no puede fiarse mucho de lo que dicen.» Con ocasión de los kirguises, se hace una observación general en el mismo sentido (3): «En toda el Asia Central, la verdad es sirva de los poderosos, y el jefe que gobierna suavemente obtiene poco respeto.»

(1) Burton: *The City of the Saints*, 130.

(2) Griffith: *Travels in Assam*. Calcutta, 1847, pág. 40.

(3) Cap. Valikhanof: *The Russians in Central Asia* (traducción inglesa de Michell), 1865, pág. 279.

Entre las sociedades sedentarias, la primera que hay que citar es la de los indígenas de Viti, sobre los cuales dice Williams (1):

«Su propensión á mentir es tan irresistible, que no tratan siquiera de negarla... Se alcanza el arte de mentir á fuerza de practicarlo para ocultar los proyectos y maquinaciones de los jefes, á cuyos ojos un embustero hábil y listo es una preciosa adquisición... «Verdad de vitiano» es sinónimo de mentira.»

De análoga especie es la condición que, en circunstancias parecidas, revela el pueblo de Uganda (2):

«Al igual de todas las tribus salvajes, tienen en muy poca estima la verdad, y nunca consideran malo mentir; al revés, un embustero afortunado pasa por mozo de despejo, y se le admira.»

Lo mismo sucedía en los antiguos pueblos semi-civilizados de la América Central. De algunos de ellos, que vivían bajo un régimen despótico y sanguinario, dice De Laet: «son embusteros, como la mayoría de los indios (3)». Y por lo que hace á los indios actuales, que es de suponer conserven más ó menos el carácter de sus ascendientes, escribe Dunlop:

«Jamás he encontrado un indígena de la América Central que vea el menor asomo de vicio en la mentira; y cuando alguno logra engañar á otro, por grande y por inicuo que sea el fraude, los naturales se limitan á decir: «¡Qué hombre tan vivo!»

Mr. Foreman (4) consigna un hecho semejante en

(1) Williams: *Fiji and the Fijians*, I, 124.

(2) Wilson y Felkin: *Uganda and the Egyptian Soudan*, I, 224.

(3) J. de Laet: *Novus Orbis*, 1633, lib. IX, cap. II.—Dunlop: *Travels in Central America*, 1847, pág. 336.

(4) Foreman: *The Philippine Islands*, 1890, páginas 186 y 187.

su obra sobre las islas Filipinas. Dice que los indígenas no «parecen mirar como un pecado el mentir, sino más bien como una cosa legítima y conveniente, aunque artificiosa».

§ 158. Las literaturas de los antiguos pueblos semi-civilizados nos presentan etapas sociales en que se apreciaba poco la verdad, ó más bien, en que se aplaudía la mentira tácita ó abiertamente. Según hemos visto en un capítulo anterior (§ 127), la primitiva literatura de la India recomendaba á veces el engaño y la crueldad como caminos de medro. La *Biblia* prueba que, aparte el falso testimonio, que redundaba en daño de uno de los suyos, los hebreos no reprobaban grandemente la mentira. Y lo maravilloso hubiese sido lo contrario, cuando Jehová daba el ejemplo; v. gr.: para consumir la ruina de Achab, enviaba «un espíritu de mentira» (*Reyes*, I.º, XXII, 22) á fin de engañar á sus profetas; y, según *Ezequiel* (XIV, 9), amenazaba usar de engaños como medio de venganza:

«Cuando el profeta se engañase al decir una cosa, yo, Jehová, fui el que engañé al tal profeta; y extenderé sobre él mi mano, y lo raeré de en medio de mi pueblo de Israel.»

Naturalmente, quienes de ese modo concebían los principios divinos, no habían de tener en gran estima la veracidad. Y así se ve en multitud de casos, como, por ejemplo, cuando Isaac decía que Rebeca no era su mujer, sino su hermana, á pesar de lo cual recogía aquel mismo año ópima cosecha: «Bendíjole Jehová» (*Gen.*, XXVI, 12); ó cuando Rebeca inducía á Jacob á engañar á su padre para suplantar á Esau—mentira no condenada, sino seguida á poco de la promesa divina de largas prosperidades;—ó cuando Jeremías dice una falsedad por indicación del rey. No hay que perder de

vista, sin embargo, que en los escritos de los profetas hebreos, como en algunas partes del Nuevo Testamento, se reprueba enérgicamente la mentira. Contrapeando los testimonios, podemos inferir que, á medida que fué más estable y ordenada su vida, los hebreos ganaron en veracidad.

No podía esperarse un gran respeto á la verdad de parte de los griegos. En la *Iliada*, los dioses, amén de engañar á los hombres, se engañan los unos á los otros. Los jefes «no retroceden ante ninguna clase de mentiras». Pallas Athena ama á Ulises por lo embaucador; y, según las palabras de Mahaffy (1), el mundo homérico está lleno de «dolo y de falsía (2)». Y no era mucha la diferencia en días posteriores. El defecto que se atribuye á los cretenses de ser «embusteros sempiternos», aunque pudiese ser más acentuado en ellos

(1) Mahaffy: *Social Life in Greece*, 1874, páginas 27, 150.

(2) Son maravillosos los efectos de los prejuicios de educación. Uno de nuestros primeros estadistas se distingue por su conocimiento familiar de los hechos de ese pueblo, reo de tantas «atrocidades», caracterizado, como dice Grotte, por una «crueldad repulsiva de costumbres», compuesto de embusteros en todos los grados de su jerarquía, desde los dioses hasta los esclavos, y cuya religión era un tejido de groseras y brutales supersticiones; y ese estadista cree que tal familiaridad con los hechos de los griegos, en todas sus épocas, es la mejor preparación posible para la vida más elevada. En su discurso de Eton, reproducido en el *Times* de 16 de Marzo de 1891, decía Mr. Gladstone: «Si el objetivo de la educación es preparar al espíritu humano para el ejercicio fecundo de las más altas funciones, el mejor instrumento que puede utilizarse á este fin, el más poderoso y flexible, es sin comparación la cultura antigua, y, sobre todo, la cultura griega. Dejando á un lado toda otra cuestión, se pregunta uno lleno de confusiones y de curiosidad cuál de los credos políticos de Mr. Gladstone ha de atribuirse al influjo de la cultura griega: si el credo con que se dió á conocer como tory, acabado de salir de Oxford, ó el avanzado credo radical que ha adoptado últimamente.

que en los griegos en general, no constituía una esencial diferencia. Para Mahaffy, la conducta griega, durante el período ático, tenía por caracteres la «perfidia» y un «egoísmo ladino»; Darío (dice) consideraba como una excepción notable á un griego que cumplierse su palabra.

La correlación existente entre un estado crónico de hostilidad y el completo desprecio de la verdad descúbrese al través de toda la historia de Europa. En el período merovingio—la «era de sangre»—se veían jefes que, á poco de prestar un juramento en el altar, lo violaban; y Salviano escribe: «¿Qué mucho que un franco perjure, si mira el perjurio, no como un crimen, sino simplemente como una forma oratoria?» Tras los doscientos años del período carlovingio, con sus perpetuas guerras contra los árabes, los aquitanios, los sajones, los lombardos, los eslavos, los ávaros y los normandos, vino el primer período feudal, sobre el cual dice H. Martin (1):

«El siglo x puede considerarse como la era clásica del fraude y la falsía. En ninguna época de nuestra historia aparece el sentido moral tan completamente borrado del alma humana, como durante ese primer período del feudalismo.»

Y esa perfidia siguió en pie después, como cortejo y fruto de los conflictos interiores que condujeron á la constitución de la monarquía francesa: los nobles no conocían «la sinceridad, la lealtad y el desinterés» en sus relaciones mutuas. «No había vida ni reputación seguras en sus manos (2).» Aunque Mr. Lecky (3) atri-

(1) Henri Martin: *Histoire de France*, 1844, II, 709.—Salvianus: *De Gubernatione Dei*. Paris, 1864, IV, cap. XIV.

(2) Crowe: *History of France*, 1858-68, II, 201.

(3) Lecky: *History of European Morals*, I, 138.

buye «la indiferencia» de la Edad Media por la verdad á causas distintas del estado crónico de guerra, sin embargo, formula un aserto que, indirectamente, viene en apoyo de la inducción hecha aquí, y que es de tanta más valía cuanto que no se dirige á prestar tal apoyo. Advierte que «donde no ha penetrado el espíritu del trabajo, rara vez ocupa la veracidad, en el catálogo de las virtudes, puesto tan preferente» como entre las naciones «educadas en los hábitos de la vida laboriosa».

E igual correlación de fenómenos vemos al presente en el contraste que existe entre las naciones orientales y occidentales de Europa.

§ 159. La reflexión demuestra, sin embargo, que esa correlación no es directa. No hay ninguna conexión inmediata entre la sed de sangre y el mentir. Ni de que un hombre sea de buen corazón se sigue que ha de ser veraz. Si, pues, según implica lo precedente, una vida de amistad conduce á la veracidad, y una vida de enemistad alimenta la falsía, las relaciones entre estos términos deben ser indirectas. Después de dirigir una ojeada á algunos otros hechos, comprendemos mejor de qué modo se asocian habitualmente esos rasgos de vida y de carácter.

Por lo que toca á la veracidad, como por lo que atañe á otras virtudes, tengo que volver á los diversos pueblos aborígenes confinados por razas invasoras en retiros poco envidiables, donde llevan una existencia absolutamente tranquila, ó libre, por lo menos, de hostilidades constantes con sus vecinos. Morris (1), hablando de los kois, y después de decir que todos parecen padecer de fiebres crónicas (lo cual explica de sobra

(1) Morris: *Account of the Godaverí District*, 1878, pág. 89.

el que nadie vaya á molestarlos en sus insanas soledades), añade:

«Se distinguen por su veracidad, y en este sentido pueden servir de ejemplo á los habitantes, más cultos y civilizados, de las llanuras.»

En la obra de Shortt titulada *Montañas de la India meridional*, leemos (1):

«Una prenda atractiva de los saurahs es su absoluta sinceridad. No saben mentir. No están aún bastante civilizados para poder inventar.»

Añadiré de pasada que he oído á otros ingleses establecidos en la India atribuir á falta de inteligencia esa buena prenda de carácter—manera no muy digna de poner á salvo el crédito de las razas superiores.—Considerando que los niños pequeños mienten, y que mienten los perros, si no en palabras, en actos, se necesita valor para achacar á estupidez la sinceridad de esos pueblos y de otros semejantes. En su obra sobre las *Altas mesetas de la India Central*, escribe Forsyth (2):

«El aborígen es el más sincero de los seres, y rara vez niega una deuda de dinero ó un crimen de que sea realmente culpable.»

Sinclair (3), en su descripción de los ramosis, afirma:

«Son tan embusteros como las razas más civilizadas, diferenciándose en esto de las verdaderas tribus montañesas y de los paruaris, de quienes oí decir una vez á un brahmán: «Los kunabis, si prometen una cosa, la cumplen, pero un mahar (paruari) es tan tonto que dice la verdad sin el menor motivo.»

(1) Shortt: *Hill Ranges of Southern India*. Madrás, 1870, III, 38.

(2) Forsyth: *Highlands of Central India*, 2.<sup>a</sup> ed., 164.

(3) Sinclair, en *Indian Antiquary*. Bombay, Julio de 1874, pág. 186.

Y esta opinión del brahmán evidencia de qué modo pervierten á esos sinceros aborígenes sus vecinos más civilizados. Así, con respecto á los sonthales, dice Sherwill (1) que «miran la verdad como cosa sagrada, y ofrecen en este sentido un alto ejemplo á sus embusteros vecinos, los bengalis»; pero Man declara que «las malas compañías ejercen sobre ellos su funesto influjo», y teme que «pronto dejará de correr en lenguas la proverbial veracidad de los sonthales».

En los *Principios de Sociología* (vol. II, §§ 437 y 574) cité los nombres de otras tribus montañosas de la India reputadas por su veracidad: los bodos y dhimales, los aborígenes de la Carnática, los todas y los hos. Añadiré aquí la tribu de los puluyanos (2), cuyo refugio se halla «ceñido totalmente por los montes, los bosques, los pantanos y el mar», y que «se distinguen á veces por un raro respeto á la verdad y al honor, que deberían imitar sus superiores en la jerarquía de castas». Lo mismo ocurre en la vecina tierra de Ceilán. «La sinceridad y honradez» de los veddahs pasan por proverbiales (3). Otras regiones ofrecen análogos ejemplos. Sobre algunos pueblos del Asia septentrional que no parecen organizados para el ataque ni para la defensa, leemos: «En honra de los ostiakos y samoyedos, hay que decir que se distinguen notablemente por su integridad y su sinceridad (4).»

Pero ahora debemos incluir hechos que son para pararnos. Existen ejemplos de veracidad en pueblos

(1) Sherwill: *Journal of the Asiatic Society, Bengal*, xx, 554, y Man: *Sonthalia and the Sonthals*, 1867, pág. 21.

(2) Oppert: *Madras Journal of Literature and Science*, 1887-88, pág. 104.

(3) Bailey: *Transactions of the Ethnological Society. London*, New Series, II, 291.

(4) *Revelations of Siberia*, 1852, II, 130.

que no tienen nada de pacíficos ó que sólo lo son en parte. Los hotentotes, aunque «dulces, apacibles y tímidos», según se dice, no escasean las guerras por disputa de territorios; y sin embargo, Kolben escribe, de acuerdo con Barrow (1).

«La palabra de un hotente es sagrada; y apenas hay para ellos en el mundo una cosa más vil que faltar á un compromiso.»

Morgan (2), hablando de los iroqueses, afirma que «el amor á la verdad es otro rasgo saliente del carácter indio». Y no obstante, aunque la liga iroquesa se formó expresamente para la conservación de la paz, y lo consiguió por lo que afecta á las naciones federadas, esas naciones no han dejado de hallarse en hostilidad abierta con sus vecinos. Las tribus patagonas combaten frecuentemente entre sí, lo mismo que con los agresores españoles; y, sin embargo, dice Snow (3): «detestan la mentira.» Asimismo, los konds (4), para quienes la veracidad es uno de los más sagrados deberes impuestos por los dioses, tienen «conflictos sangrientos» por disputas de tierras entre tribus. Y á propósito de los kolis, establecidos en las tierras altas del Decán, leemos que, aunque «valerosos, sencillos y sinceros», son «muy repaces» y «despiadadamente crueles».

¿Qué hay de común entre las tribus sinceras y pacíficas y las tribus sinceras más ó menos belicosas? Tienen de común el no estar sometidas á un régimen coercitivo. Que eso ocurre con las tribus pacíficas, ya

(1) Barrow: *Travels in the Interior of Southern Africa*, I, 101.—Kolben: *State of the Cape of Good Hope*, I, 59.

(2) Morgan: *The League of the Iroquois*, 335.

(3) Snow: *Two Years' Cruise off Tierra del Fuego*, II, 233.

(4) Macpherson: *Journal of the Royal Asiatic Society. London*, VII, 196.

lo he demostrado en otra parte (*Principios de Sociología*, II, §§ 573 y 574); y aquí llegamos al hecho significativo de que lo propio sucede con las tribus sinceras que no son pacíficas. El gobierno de los hotentotes corresponde á una asamblea que decide por mayoría de votos, y los hombres principales tienen poca autoridad. Los iroqueses elegían un consejo de cincuenta sachems, que podían ser depuestos por sus tribus; y las expediciones militares eran empresas de iniciativa particular, compuestas de voluntarios y dirigidas por jefes que debían al mérito su designación. El gobierno de los patagones tenía escaso poder; los subordinados abandonaban á los jefes cuando estaban descontentos. Hablando del «sistema social» de los konds, dice Macpherson (1): «Toda su constitución se halla penetrada de un espíritu de igualdad; allí solo gobierna el ascendiente moral de los jefes naturales, con absoluta exclusión de todo principio de autoridad coercitiva.»

§ 160. Las observaciones de numerosos viajeros demuestran que el predominio de la falsedad ó de la sinceridad se deben á la existencia ó no existencia de un gobierno despótico.

Leyendo la *Relación del descubrimiento del Perú*, de Jerez y Pizarro (pp. 68 y 69, 85 y 86, 114-120), se ve claramente que la falsía general, allí descrita, se debía al sistema de intimidación empleado con los indios. Así, respecto á los de Méjico (2), decían los franciscanos: son mentirosos, pero hablan sinceramente á quien los trata con bondad. Livingstone llegó á comprender muy bien por experiencia la relación que existe

(1) Macpherson: *Report on the Konds*. Calcutta, 1842, página 27.

(2) Ternaux-Compans: *Relations pour servir à l'Histoire de la découverte de l'Amérique*. París, 1837, v, 102.

entre la falacia y el temor. Hablando de la falsedad de los africanos orientales (1), escribe:

«Pero, por grande que sea ese defecto en los hombres libres, es mucho más insoportable en los esclavos. Es difícil conseguir que un esclavo manifieste sinceramente ninguna cosa; no piensa más que en lo que podrá agradar.»

Y añade esta observación: «la mentira es como un refugio de los débiles y oprimidos.»

Una simple ojeada á los pueblos civilizados lo corrobora al punto. Entre los europeos, el sometido á la autoridad más absoluta es el pueblo ruso, obediente á la voluntad de un autócrata; y notoria es su extraordinaria falta de sinceridad. El egipcio, sujeto de larga fecha á la tiranía de funcionarios despóticos, se enorgullece de darse maña para mentir, y cuando sufre algún contratiempo, lo atribuye á no haber sabido engañar á alguien (2). Tenemos juntamente el ejemplo de los indos, que, regidos en sus primeros días por un gobierno irresponsable, sometidos después durante un largo período al yugo brutal de los mahometanos, y luego al yugo no mucho menos brutal de los cristianos, son tan falsos, que sus juramentos ante los tribunales no tienen valor ninguno, y confiesan sin sonrojo sus mentiras. La historia nos refiere ejemplos de un espíritu de falsía que, empezando en los gobernados, acaba por inficionar á los gobernantes. Hablando del último período del feudalismo en Francia, escribe Michelet (3): «Es un estudio curioso seguir de año en año las mentiras y palinodias del rey falso-monedero»; en nuestros

(1) Livingstone: *Expedition to the Zambesi*, pág. 309.

(2) B. St. John: *Two Years' Residence in a Levantine Family*, 1856, pág. 77.

(3) Michelet: *Histoire de France* (trad. ing. de Smith), I, 341.

días, aunque aún se cometen en Francia fraudes políticos, no son de tal calibre. Y lo mismo ha ocurrido entre nosotros. Si comparamos «la universal y odiosa perfidia de que se hacían reos continuamente los hombres políticos de todos los partidos (1)» durante el reinado de Isabel, cuando apenas conocía límites aún el poder monárquico, con la veracidad de los hombres de Estado de nuestro tiempo, tendremos una prueba análoga de las relaciones existentes entre la falsedad aneja á la tiranía y la sinceridad que acompaña al desarrollo de la libertad.

De donde resulta que las conexiones apuntadas entre la falsía y una vida de relaciones externas hostiles, y entre la veracidad y una vida de amistad interior, no se deben á ninguna relación directa entre la violencia y la mentira, ni entre la apacibilidad y la sinceridad, sino que se deben al régimen coercitivo que desarrolla el estado crónico de enemistad externa, y al régimen no coercitivo que desarrolla una vida de amistad interna. Añadamos á esto que, dentro del primer sistema de condiciones, la mentira apenas es objeto de reprobación moral, ó más bien pro-moral, y aun á veces no lo es de ningún modo; mientras que, bajo el segundo sistema de condiciones, se acentúa enérgicamente la reprobación pro-moral de la mentira, y aun en amplia escala la reprobación moral.

(1) Kirkus: *Fortnightly Review*, Nov. de 1866, pág. 644.

## CAPÍTULO X

### La obediencia.

§ 161. Bajo el nombre común de «obediencia» se comprenden dos géneros de conducta, que poseen muy diversas sanciones: permanente la una, temporal la otra. Equiparadas así la obediencia filial y la obediencia política, á las dos se asocia la idea de virtud; y casi todos los hombres piensan que la sumisión, loable en un caso, lo es también en el otro.

Pero forzoso es reconocer que la subordinación obligada del hijo al padre tiene su raíz en el orden permanente de la naturaleza, y es buena en absoluto, mientras que la subordinación del ciudadano al gobierno corresponde á un proceso transitorio, y no es buena sino dentro de ciertas condiciones.

Cierto que, en las sociedades cuyo génesis ha seguido la marcha que sir Henry Maine estima universal erróneamente, las dos clases de obediencia tienen una raíz común: el grupo patriarcal nace de la familia, y la sumisión de los hijos pequeños á los padres pasa á ser insensiblemente sumisión de los hijos adultos á su padre, y sumisión de los grupos de familia al padre del padre ó patriarca. Ciertamente también que, uniéndose